

EL AMIGO DEL OBRERO

Órgano de los Círculos Católicos de Obreros del Uruguay

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN calle Daymán núm. 120

HORAS DE OFICINA: 9 A 11 1/2 a. m.—1 1/2 A 4 p. m.

PRECIOS DE SUSCRICION

En la Capital (por mes)..... \$ 0.20
En campaña (semeestres adelantados)..... \$ 1.00

No se pague ningún recibo que no lleve el sello de la Administración.

REDACTORES

TOMÁS F. SAMACHO Y LUIS PEDRO LENGUAS

APARECE LOS JUEVES Y DOMINGOS

PUNTOS DE SUSCRICION

En la Administración, Daymán 126; Círculo Católico de Obreros, calle Minas 240; Despacho Parroquial de la Aguada; Librería Popular, 18 de Julio 519; Sastrería de Domingo Landi, San José 124 y Librería de la Aguada, Agraada 321.

Sírvanse nuestros suscritores dirigir las quejas a dichos puntos.

El Amigo del Obrero

MONTEVIDEO, 17 DE NOVIEMBRE DE 1901

El Círculo Católico de Montevideo

a sus consociados y a los trabajadores

Digno y enaltecedor es el documento que bajo este título ha visto la luz pública en estos días y circula con profusión en la capital y que a continuación transcribimos.

Escrito con reposo, tras larga meditación, sin estudiada afectación, sin frases deslumbrantes ó ininteligibles, así para quien las lee como para quien las escribe, es un documento luminoso y de una sencillez y claridad de estilo y de concepto encantadoras.

Nada de huecas ampullosidades, de palabrerío inútil y altisonante, que nada dice y solo destinado a producir impresión y sacudir pasiones violentas.

Bajo una forma que respira serenidad tranquila y admirable clarividencia, se trasparece el verdadero amor, el amor *desinteresado* al trabajador, contrapuesto a los instintos de ambición y de lucro encubiertos con falaces apariencias de interés por el bienestar del obrero, con que se le viene engañando miserablemente, con daño del mismo obrero y perjuicios evidentes del orden y de la moralidad.

Al lado de esas columnas, que encierran esas enseñanzas y marcan tumbos seguros, se transcriben los derechos que asisten a los miembros de tan benéfica institución.

No son vanas promesas, son sagradas realidades.

Muy lejos de este tenor y de esta forma son otros manifiestos que se han repartido también estos días a las clases trabajadoras.

Escritos en términos violentos ó incitatorios, empleando frases de rebeldía, pero sin sentido, apostrofando que ni el que lo ha escrito sabe lo que dice en muchas partes de su manifiesto ó bien ha puesto todo su estudio y cuidado, para no ser entendido y lograr así mayor éxito.

Contienen las consabidas diatribas y calumnias, esas imputaciones contra la Iglesia Católica, y los infatigables insultos contra todas las demás clases sociales.

Lleva al pie este bruto que se titula del partido socialista, un programa (¡qué programa!) cuyo formulado, con un decir nada, promete mucho y es contradictorio entre sí y destruye por su base todo lo que el manifiesto encierra, todo lo que allí se ha escrito y proclamado.

Hacemos esta digresión para llamar la atención del obrero sobre estos dos documentos tan distintos y tan opuestos entre sí.

El primero está impregnado de sincera franqueza, con un estilo claro, que a cada uno de los que lo leen, les habla al alma y les dice: esto es lo que vosotros merecéis.

El segundo habla mucho, pero con falaces nebulosidades: promete mucho, como quien nada ha de cumplir, para un porvenir que no llegará jamás.

El primero alienta y moraliza, el segundo exaspera y avariza; aquel ofrece, este promete; este habla del mañana, aquel se adapta al presente, al día de hoy; el uno concilia y equilibra, el otro desune y desquicia; el uno orienta al obrero, el otro lo extravía; el Círculo es claridad y concisión, el otro es estudiada oscuridad y nebulosa difusión: en una palabra el uno es la verdad en toda su precisión y sencillez, que nada teme, que desafia todos los sofismas y triunfa en su misma sencillez y el otro es la mentira falaz, que teme con razón colocarse frente a la luz, que deja al descubierto su vaciedad y el torpe engaño de sus vanas promesas y por esto se oculta con el manto de períodos sonoros y hueca fraseología.

He aquí ahora el documento de que nos venimos ocupando, de una apacible y amena claridad.

Recomendamos su lectura a los obreros y a los patronos, que aman la verdad, que desean su bienestar, que sepan dejar bien puestos sus propios intereses morales y materiales.

El Círculo Católico de Obreros de Montevideo a sus consociados y a los trabajadores.

Las huelgas que acaban de tener lugar en Montevideo nos han revelado claramente la existencia en la República de centros ó instituciones anticristianas, tendientes a despertar en las clases trabajadoras un espíritu de violenta rebelión contra el orden social. Ese espíritu, además de ser contrario a los principios de moral y de justicia, perjudicial, como se ha visto y palpado en la práctica, a los mismos trabajadores cuyos derechos ó intereses se pretenden falazmente favorecer.

Los Círculos Católicos de Obreros, hoy difundidos en toda la República, tienen por misión, inspirada en el espíritu de amor del Evangelio, la de propender a la verdadera felicidad de las clases laboriosas, y están llamados por consiguiente, a neutralizar en nuestra sociedad la influencia de aque-

llas instituciones perturbadoras. Nuestros Círculos Católicos son, pues, el reverso y el contrapeso de esos centros subversivos; en nuestro seno se agrupan y se protegen los obreros que, aunque convencidos de la dignidad del trabajo, por que es ley de Dios cuyo cumplimiento es mérito y es honor y de la dignidad de hombre y de cristiano, que es patrimonio de todo obrero honrado, respetan, sin embargo, el orden providencial de la sociedad, acatan el derecho natural de la propiedad, y condenan, como ilícitos y contraproducentes, los medios violentos que no se inspiran en la caridad cristiana.

No es esto declarar que los Círculos Católicos de Obreros renuncien a pugnar sin descanso por el mejoramiento moral, material ó intelectual de la clase trabajadora; precisamente para eso han sido fundados de acuerdo con el espíritu católico que, por boca de León XIII, el Papa de los obreros, nos declara que el pueblo ha sido siempre particularmente querido por la Iglesia, y que el obrero debe ser rodeado de los más continuos y afectuosos cuidados para levantarlo y mejorar su condición. Pero, como el mismo augusto pontífice lo afirma, eso ha de obtenerse así recurriendo a las violencias ni buscar la perturbación del orden social. Buscando el reino de Dios y su justicia, todo lo demás se obtendrá por añadidura.

Los Círculos Católicos de Obreros son, pues, y deben ser siempre, el punto de reunión y de mutuo apoyo moral y material de todos los obreros sobrios y honrados de la República; en nuestros centros deben formarse y de ellos tienen que salir, y saldrán cada día en mayor número, para felicidad de todos, los trabajadores amigos de la sociedad, los colaboradores dignos, inteligentes y libres del capitalismo, que es y debe ser a su vez un eficaz colaborador del trabajo honrado; en nuestros centros deben encontrarse los ejemplos de laboriosidad, de moderación en las exigencias, de respetuosa dignidad en sus justas manifestaciones, y de leal y noble adhesión al hombre, a la empresa, a la obra que remunera el trabajo. Este debe ser compensado según la equidad y la justicia; pero es indudable que lo será con tanta mayor generosidad, cuanto mayor sea la solidaridad que se establezca entre el trabajo acumulado del capitalista y el trabajo actual del obrero.

A fin de realizar y vigorizar esos sus propósitos fundamentales, el Directorio del Círculo Católico de Obreros se ha creído en el deber de recordar en estos momentos a sus socios, y a todos los trabajadores de ambos sexos sobrios y honestos de la República, que deben precaverse contra toda incitación a la violencia inspirada en un espíritu anticristiano; que deben alejarse cuidadosamente de los centros animados de tal espíritu, procurando estrecharse más y más en el seno de su católica institución y en el espíritu de libre y firme adhesión a las doctrinas del Pontificado, únicas que leal y eficazmente lo defienden y protegen; y que deben demostrar, por fin, con su conducta y sus virtudes, que es a los Círculos Católicos de Obreros a donde tiene que recurrir todo aquel que desea para el capital la leal colaboración del trabajo.

Que ningún obrero católico se adhiera, pues, a incitación alguna, que no parta del Círculo Católico a que pertenece; es en este donde se vela cuidadosamente por sus intereses morales y materiales; es en el donde el obrero cristiano hallará siempre defensa sin injustas violencias, protección sin móviles interesados, mejoramiento material, en fin, sin menoscabo de ese mejoramiento moral que debe constituir el principal anhelo del hombre, cuyo destino es muy superior al simple goce del bienestar ó de los deleites de la vida.

El Directorio del Círculo de Obreros espera firmemente que su voz, en este caso como en todos, será escuchada y seguida con fidelidad por los hombres de bien que constituyen esta hermosa institución, y confía en que todas las clases sociales, hoy tan amenazadas por las doctrinas subversivas que cunden por todas partes, se con-

vencerán de que solo en el espíritu cristiano que anima nuestros círculos, pueden hallar defensa los más altos intereses de la sociedad, y de que es necesario defender y proteger nuestra cristiana institución, como un factor indispensable de paz, de respeto y de felicidad para la República.

Montevideo, Noviembre de 1901.

Miguel Perea,
Presidente.

Natalio Quagliotti,
Secretario.

¿Qué podemos hacer?

Cuanto podemos y debemos hacer

A menudo oímos, no obstante la pregunta que nos sirve de epígrafe. ¿Qué podemos hacer? La misma que se hacía un labrador a vista de un vasto campo cubierto de abundantisímas y ya bien esazonada mies.

¿Qué puedo hacer? se decía mirando la cuantiosa cosecha que se le ofrecía, cruzado de brazos, sin tomar determinación alguna y exponiendo a su propio bienestar y el de su familia.

Pues, echar mano a una hoz, le contestó un día un convecino suyo y empezó por este extremo y concluyó por el otro.

Se presenta a nuestra vista un campo dilatadísimo; la mies, que abunda la sobremanera, pide brazos, exige todos nuestros esfuerzos, está expuesta a gravísimos perjuicios, reclama nuestros anhelos y cuidados incesantes y preguntamos como el labrador del cuento ¿Y qué podemos hacer?

Pues comenzar por un extremo y no parar hasta rematar la ruda labor ó hasta que nos sorprenda en nuestra meritoria tarea la última boqueada, hasta exhalar en nuestro campo el último aliento.

¿Y por dónde empezar?
¡Es tan dilatado el campo!
¡La mies tan abundante!
¡Los operarios tan escasos!
¡Falta de más para redoblar los esfuerzos.

Para que sean eficaces nuestras fatigas y nuestra labor provea, debemos comenzar por casa, como se dice vulgarmente, esto es, por nosotros mismos.

Cuando nos hayamos penetrado de la misión que nos incumba y estemos impuestos de las obligaciones que nos atañen, trabajaremos con verdadero entusiasmo y sobre todo sin desmayos pusilánimes, en bien de los demás en el mejoramiento de cuantos nos rodean.

Así lo he hecho, dando un ejemplo alentador, a los numerosos grupos de caballeros y de jóvenes, que figuran en nuestra mejor sociedad, que se han retirado por un tiempo, para reconcentrarse en sí mismos y valorar en serias meditaciones, la gravedad y trascendencia de las grandes obligaciones que gravitan sobre ellos. No nos cabe duda que al comprender en el silencio de su alma los grandes deberes que los vinculan a la grandiosa y difícil empresa de la reorganización social, lejos de sentirse desalentados, han cobrado bríos para emprender con más ahínco la labor comenzada.

He ahí el primer paso y el que más dificultades ofrece quizá.

Resolución era lo que faltaba al labrador, porque no media en su torpe desaliendo los graves riesgos que lo amenazaban, ni reflexionaba a cerca de los pingües beneficios que tan copiosa cosecha le brindaba, aunque tras penosas fatigas y cansancios abrumadores.

No pueda ocultárenos que nos cabe una gran parte de responsabilidades en los acontecimientos que a nuestro lado se desarrollan. Muy a menudo pretendemos eludir esa parte de responsabilidad que nos imponen las circunstancias y nuestra propia posición con la consabida interrogación ¿y qué podemos hacer?

No ochemos de ver que más que impotencia, lo que nos detiene, estorbando a veces grandes empresas de bienestar general y originando males fontetísticos, es el miedo entorpecedor, es criminal apatía.

Tráese fantasma del qué podemos hacer? que a nosotros nos detiene, mano sobre mano, el mal avanza cada vez más amo azador.

Si se hubieran detenido nuestros mayores ante esa capciosa pregunta, quizá gemiríamos aún hoy bajo extraño yugo.

Si los obreros infatigables del Evangelio se hubieran trazado la misma norma de conducta, el mundo viviría aun oprimido por las tinieblas del paganismo y desconocido el Dios verdadero entre los pueblos de la tierra.

Nos ocuparemos en otro artículo de lo que podemos y debemos hacer.

Convenimos entre tanto que el trabajo perseverante vence todos los obstáculos y avasalla todas las rebeldías de las voluntades.

GRAN CONFERENCIA

Hoy Domingo a las 3 de la tarde, tendrá lugar en el hercúleo salón del Club Católico calle Cerrito 166, las conferencias que por iniciativa del Directorio Central de la Unión Ca-

tólica darán los señores Profr. Mons. Nicolás Luques y el doctor Carlos M. Uriarte.

El solo nombre de los distinguidos oradores es suficiente garantía para asegurar el éxito de la fiesta y estamos seguros que nuestros correligionarios acudirán en masa a tan simpático acto.

Las personas que deseen concurrir pueden recabar la correspondiente entrada, en todas las parroquias ó en el local del mismo Club.

Charangas

VIVIR SIN TRABAJAR

SABER SIN ESTUDIAR

Si prestamos oídos a los agitadores de oficio que explotan los sudores del pobre desde la tribuna del Centro Internacional Anarquista, no está lejano el día, en que vuelvan para no irse jamás, los años felices del Paraíso terrenal.

La fórmula, que en estos momentos persiguen como ideal de la vida, es muy sencilla: *Vivir sin trabajar*.

Y en honor de la verdad hay que confesar que los cuatro ó cinco agentes han conseguido su intento de una manera tan original, que para los mismos yankees constituye una sorpresa.

Echar media docena de proclamas, barbotar tres ó cuatro discursos en mangas de camisa, es tarea que no supone grande esfuerzo intelectual; basta aprenderse de memoria cuatro palabras retumbantes, aunque no se entiendan, de *liviana, agilo, especulación, burocracia* y lanzarlas a manera de bombas explosivas al final de cada párrafo y el éxito está asegurado.

El obrero palmotea y olvidando a su mujer é hijos sale a la calle y emprende el camino de la huelga, que no conduce sino al desierto del hambre y de la desesperación.

Y esos Moisés del siglo XX, arrojados por los tribunales de justicia de sus patrias lejanas a las aguas del Océano Atlántico, suben a la montaña y traen nuevas de la tierra de promisión, mediante el pago de 0.20 por cabeza en los días de huelga y otros 0.20 por mes abonado por cada afiliado, para fondo de reservas durante el resto del año.

Por este medio todos podríamos sentar plaza de *brujos ó alchimistas*.

El negocio es redondo: nada se arriesga y entran un cambio de unos cuantos oráculos más ó menos espeluznantes centenares de pesos en el bolsillo.

La fórmula aritmética de los nuevos redactores de principio de siglo es una simple regla de tres, como dirían nuestros abuelos Planteamos el problema.

Cuatro discursos incendiatarios son a dos reales por día de huelga, como dos reales mensuales por cuota de afiliados son a x.

Y esta x, que los obreros engañados no conocen y que ellos resuelven en medio de francachelas, representa un sueldo fijo de \$ 100 200, 300 y más pesos mensuales para cada uno de los oradores y agentes promotores de huelgas del Centro Internacional.

Las mistificaciones acriticas de *instinto trascendental*, como dicen cuatro doctores de taberna, en un manifiesto póstumo al anarquismo económico de los empleados de tranvías, lanzado en nombre del partido socialista obrero, producen más pingües entradas, que la *panzada y el hartazgo de la Burocracia*, que con sus mañas esotéricas y su *desverguenza tradicional* sigue convirtiéndolo todo en una como *sine cura hereditaria* (Palabras luminosas del mismo manifiesto).

Si los obreros se dieran cuenta de estas *pluyitas*, que recogen los sudores del pobre para convertirlos en bebidas exquisitas de un banquete euménico, si ellos supieran que esos dos reales por cabeza, que suman miles en la muchedumbre de ilusos fanatizados, sirven para levantar casas y para mantener vicios de los que, arrojados a estas playas por la justicia de su país, no tienen otra ocupación conocida sino exasperar las pasiones y provocar sublevaciones, que no conducen sino a la miseria, como la reciente huelga de los tranvías, no caerían tan fácilmente en esos lazos, que les tienden, usufructuando en favor de unos cuantos advenedizos los sudores, que deberían ser sagrados para el hogar necesitado de sus hijos.

Es una nueva especulación infame, que explota la miseria y la ignorancia para *improvisar capitales y palacios* amasados con los sudores del hijo del pueblo.

Nosotros tenemos noticia de un individuo, que vino de Italia perseguido por los Tribunales. Titulábase *Comité* por obra y gracia del hambre especulador; alojábase en uno de los fondines de la Aguada y las rentas de su conlato ultraplano no le alcanzaban para pagar el abono de una semanza de comida.

Se le cortaron las raciones por el avance de los días, pero él continuó viviendo en apariencia como el niño de S. Antonio (sin comer ni beber) pero, en realidad, mojando en el mismo caldero de la fonda, que logró embocar a la hija de la casa, que a cambio de ficticios amores y esperanzas de grandezas, más engañosa aún, le pasaba clandestinamente lo que no tenía el niño del cuento.

Sorprendióle nuevamente en sus tretas el dueño de casa y patatas para que lo quisiera, salió

nuestro buen Conde de Tal a rodar por esos mundos de Dios.

Durante estos últimos días de huelga hemos tropezado con el capitaneando un grupo de manifestantes: nos hemos interiorizado en los detalles de su vida, posterior a la expulsión de la fonda y con sorpresa hemos sabido que a título de *promotor de huelgas y con la única obligación de darle al taco por las calles de Montevideo percibía un sueldo* por mes, que no baja de cien pesos.

¿Le vendrá esa nueva renta de su antiguo condado? ¿ó hará con el pobre trabajador lo que hacía con la hija del fondero?

De todos modos ese, como otros muchos más expertos que él, ha resuelto sin quebrarse la cabeza el gran problema de *Vivir sin trabajar*.

Y como complemento de esta noticia se nos dice que acaba de plantearse otro gran problema, que ha sido la eterna pesadilla de todos los estudiantes holgazanes. *Saber sin estudiar*.

Por los barrios del Reducto anda una lista encabezada por chiquillos de las escuelas públicas, en que se solicita la firma de sus compañeros de gremio a fin de *pedir a la Dirección de Instrucción Pública, dismisión en las tres horas de clase* y no sabemos si también aumento de sueldo.

¿Qué habrán de hacer las pobres criaturas ante los ejemplos de los niños grandes?

Pero lo que ellos no prevén, como no lo han previsto otros que peinan canas, es que de todo eso sacarán lo que el negro del sermón, la cabeza, por no decir otra cosa, caliente y los pies fríos.

Ahora no falta sino otra huelga, que no tardará en anunciarse: la de los *aterrantes* *plutócratas* y *aumento de bancos en la plaza*.

Hay que vivir con el siglo y por lo visto la palabra *imposible* no se encuentra en el nuevo diccionario económico social del siglo XX.

Spëtterneck.

Correspondencias

(Especial para "El Amigo del Obrero")

DE SAN CARLOS

San Carlos, 12 de Noviembre de 1901.

Sres. Redactores de El Amigo del Obrero.

Distinguidos señores: Al hacer la crónica de las fiestas religiosas celebradas en esta Villa tan animada por ignota pluma en el hermoso almanaque de "El Amigo", es de justicia que correspondiera una parte, aunque pequeña, al valiente periódico que, redactado por Vdes. con acierto tan grande, es leído por los carolininos con afán siempre creciente.

"El Bien" habló ya de la festividad netamente religiosa: vamos, pues, ahora, a reseñar para los lectores benévolo de esta "chiquitín de la casa" la postdata de las fiestas, que no fué tan insignificante que deba pasarse en silencio.

El día cinco del mes corriente, era el señalado por el Sr. Cura Vicario para que en el taller lugar el pazo campestre, ofrecido a los niños que reunieran un número determinado de puntos de asistencia a misa en los días festivos, transcurridos durante el año que tocan. A su fin. Como el precio asignado para el *asado con cuerno* estaba tan al alcance de todas las fortunas *pueriles*, no se admirarán Vdes. si les digo que el número de comensales liliputienses alcanzó a 60 y... *anda más*.

A las nueve a. m. las bombas y cohetes llamaban con su *tonante* lenguaje a los favorecidos por la suerte, y media hora más tarde, organizados en columna y con la banda de música al frente, se dirigían por la plaza principal y calle 18 de Junio al pintoresco paraje cedido galantemente por nuestro digno compañero de causa D. Leopoldo Estol.

No hay para qué decir que el pueblo todo presenció tan marcial desfile; pues los acordes de una banda y una columna de niños en marcha, siempre tiente la humana curiosidad.

Cuando los niños llegaron al término del viaje, pudieron convenirse de que "no estaban solos", como decía el gallego, pues los acompañaba un crecido número de jóvenes y caballeros, que, con los niños, formaban un total de cien comensales.

Ahora juzga el lector cómo se pasarían seis horas bajo las frondosas ramas de verdes sauces, corriendo el mate a discreción, escuchando por un lado sentimentales "vidalitas", por otro un *duetto* de violines, más allá los acordes de un harmonium, y, dominando a todos aquellos ejecutantes, la banda de música derrochando los tesoros de su repertorio.

Después que la opipara comida recibió los honores que merecía, el fotógrafo Sr. Silva obtuvo dos interesantes instantáneas, la primera de los asistentes todos, y la segunda de los P. Costa, Vila, Dr. Harguin, Irisarri, Curti y Corcín que dieron brillo al acto con su presencia.

Al amanecer, cuando el sol se retiraba, la concurrencia se retiró lamentando lo fugaz de las alegres horas transcurridas, viviendo al P. Irisarri, y haciendo votos por que vuelva otro

